



El silencio y los crujidos



JON BILBAO



IMPEDIMENTA



¿A qué llamas soledad? ¿No ves la Tierra
Llena de vivientes y variadas criaturas, y los aires
Saturados, seres todos que a tus órdenes
Acuden a jugar en tu presencia?

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

PRIMERA PARTE:

COLUMNA

La hormiga trepó a la cima de la columna. Orientó el cuerpo en una dirección, luego en otra, decidiendo por dónde empezar la búsqueda de comida. La plataforma de piedra en lo alto de la columna, plantada sobre el capitel, se extendía ante ella, cuadrada, de tres pasos simples de lado, abrasadora bajo el sol del mediodía. En el centro, de rodillas, meditaba Juan. Llevaba en la misma postura desde antes del amanecer. Adormilado, la barbilla se le caía en una lenta curva. Al tocar el pecho se elevó de repente y el estilita entreabrió los ojos musitando una disculpa a Dios. Vio a la hormiga y se puso en pie. Aturdido por el calor y el hambre, tuvo que aferrarse a la cuerda que, sujeta a cuatro balaústres, rodeaba la plataforma y servía de parapeto. La hormiga recorrió la plataforma sin encontrar ni una migaja de la que apropiarse; a la vez, hacía retroceder al estilita, que acabó arrinconado en una esquina, con el insecto columpiando las antenas frente a las largas uñas

de sus pies. Juan levantó una pierna tanto como si pasara sobre una víbora y brincó a la esquina opuesta. Debía sentirse honrado por la visita de aquella criatura de Dios, de cualquier criatura de Dios, después de tres días sin ver a nadie más que las aves que sobrevolaban la hondonada, pero la criatura de Dios tenía seis patas que tocaban el inmundo suelo y había escalado la columna sin dificultad y la bajaba ahora con indiferencia. Juan observó el descenso achicando los ojos, hasta perder de vista al insecto. Regresó al centro de la plataforma y se relajó con el retorno del silencio, que solo habían alterado los latidos de su corazón y la alarma en su cabeza.

La hondonada tenía forma de cuenco y en su centro se alzaba la columna. La plataforma llegaba al nivel del borde rocoso. Juan vivía a quince pasos simples del suelo pero quien se acercara divisaría en primer lugar una cabeza de rostro escuálido y quemado por el sol, con la barba y el cabello largos y enmarañados, que parecía asomar de la tierra. Había escogido la hondonada para limitar lo que podía ver. Sus ojos debían volverse hacia su interior. La elección de la hondonada era además una muestra de humildad; la cima de la columna se distanciaba del sucio suelo pero no se adentraba en el cielo, como las aves y los ángeles. La forma cóncava de la depresión, no obstante, ansiaba Juan, ayudaba a proyectar sus oraciones hacia las alturas. Soñaba con rezar hasta consumirse, con que su carne se transformara en alabanzas a Dios que brotaran de entre sus labios, como agua filtrada entre estratos rocosos, que mana lenta pero incesante, cargada de sabor mineral: una forma demorada de suicidio religioso.

En las noches despejadas, cuando contemplaba las estrellas hasta el mareo, el estilista se abandonaba a la creencia íntima de que la traza de Dios, lloviendo del firmamento en

forma de gotas intangibles e invisibles, de tan minúsculas y enigmáticas, era recogida por la hondonada y se acumulaba en su centro, del que nacía la columna. Soñaba con alcanzar la dicha necesaria para que la traza divina se tornara visible para él. En algún momento parpadearía para aliviar los ojos del brillo del sol y al alzar los párpados lo deslumbraría un brillo infinitamente mayor, los reflejos de una laguna de consistencia mercurial donde brincarían peces con rubicundos rostros de querubines, armoniosas notas a modo de chapeos, la plataforma hecha isla.

Alguien se acercaba. El estilista sentía a los visitantes antes de verlos. Su estómago, como un ser autónomo e indiscreto, saludó la compañía, que quizás trajera una ofrenda comestible, la cual depositaría al pie de la columna en la cesta que un Juan de manos temblorosas izaría con una cuerda. Tenía tanta hambre que apenas lamentó la nueva perturbación de su soledad. Musitó también una disculpa por eso. Se reprochó por imaginar qué podrían traerle, por padecer el deseo de un bollo con especias o un pastelillo de miel. Un poco de agua con que rellenar su vasija sería más que suficiente, y un poco de galleta quizás. Rechazaba la fruta porque sus formas y la pulpa lo arrastraban a pensar en las mujeres.

Varias personas, a pie y a caballo. Procedentes de la ciudad. Pisadas rítmicas y firmes, lo que significaba que no eran enfermos. El primero en asomarse al borde fue un jinete armado. Llevaba un arco en la mano y una lanza guardada en una cuja. Oteó la hondonada y envió una seña a los que iban detrás. Una litera portada por ocho esclavos, con las cortinas echadas, bajó a la hondonada, en curso diagonal y lento, como un gran escarabajo. El primer jinete y otro más, asimismo armado, se quedaron arriba, vigilando. Las piedras

y la tierra reseca se deslizaban bajo las sandalias de los portadores, que trataban de conservar el equilibrio al mismo tiempo que mantenían la litera lo más vertical posible. No parecían muy diestros. Juan reconoció a uno, un eunuco experto en afeites y recitaciones satíricas al que antes nunca se habría asignado un trabajo tan duro. Debía de haber escasez de brazos en la casa de Juan. La plaga también había llegado allí.

La litera alcanzó el fondo y unos golpes dados en el interior ordenaron detenerse a los portadores. Al abrirse la cortina, lo primero que el estilista vio fue una peluca con tirabuzones teñida de rojo.

Juan acostumbraba a hacer sus necesidades siempre por el mismo lado de la columna, pero de noche era difícil conseguirlo. Había excrementos ennegrecidos alrededor de todo el pilar. El estilista no era tan popular como para que los suplicantes se los llevaran como reliquias efímeras. Su madre se levantó el borde de la estola y se acercó evitándolos. Le tendió las manos. Hijo mío, dijo, rehusando llamarlo Juan, nombre que ella no le había dado. Lo había adoptado él mismo, siguiendo la costumbre de los conversos, pese a haber nacido en una familia cristiana; la memoria del Bautista parecía incapaz de soportar tan reiterada honra. Hacía años que la madre no lo veía. El sol estaba detrás de su hijo y los rayos atravesaban los agujeros de la túnica. La silueta al trasluz era peor que la de muchos de los cadáveres que se apilaban en las calles de Constantinopla. Ella se llevó las manos al pecho y le dijo que su padre había muerto.

La noticia de la plaga había irrumpido en la hondonada a comienzos de la primavera. Los suplicantes que visitaban a Juan se multiplicaron. Hablaban de demonios andrajosos

que rondaban los callejones de la ciudad. Se acercaban con sigilo a gentes al azar y las tocaban con el índice para contagiarles la enfermedad. Los suplicantes pedían al estilita que rezara por ellos. Se demoraban en retirarse y dejarlo solo. En la hondonada, desde donde no se divisaba la ciudad, se sentían seguros. Nunca, desde que subió a la columna, había disfrutado Juan de tanta comida. Compartía la que le sobraba con los pájaros. En las siguientes semanas los visitantes disminuyeron. Las noticias eran alarmantes y las súplicas desesperadas. No quedaba espacio en los cementerios de Constantinopla. Los demonios ya no recorrían las calles sino que se aparecían en sueños y la gente que se había acostado sana despertaba febril. Era creencia extendida que iba a morir toda la humanidad. El emperador Justiniano estaba enfermo. Algunos suplicantes llegaban cargados con bultos, huían con lo que quedaba de sus familias. Preguntaban al estilita adónde debían dirigirse, querían saber de cuevas e islas seguras. Él les aconsejaba que se alejaran de la costa. Otros le pedían que curara a un esposo, a una mujer, a un hijo, que agonizaban en casa. Juan respondía que rezaría por ellos, pero nadie volvía para decirle si sus oraciones habían surtido efecto. Un día un hedor a muerte lo sacó de sus meditaciones y se puso en pie, decidido y halagado, pues pensó que el diablo había ido a tentarlo. Poco después asomó sobre el borde de la hondonada una carreta cargada de cadáveres. El conductor y el hombre que lo acompañaba, los dos embozados, maldijeron al ver a Juan y uno incluso propuso arrojar los cuerpos a la hondonada pese a su presencia, pero finalmente la carreta dio media vuelta.

La peluca roja de la madre palpitaba. Juan sentía sus pulsaciones en los tímpanos y en los dientes. Los porteadores lo

miraban sin recato. Su presencia desequilibraba la hondonada. El estilista se agarró a la cuerda. Su padre había muerto.

Preguntó si se le había dado cristiana sepultura. Su madre asintió. Hacía tres días. No había muerto por la plaga, sin embargo. Había sido un accidente absurdo. Unas amistades habían acudido a casa para una celebración. Dado que todos iban a morir, querían despedirse de forma apropiada. El padre de Juan había muerto avanzada la noche, durante un receso del festejo, ahogado con un trozo de comida.

Juan alzó una mano, tajante. No quería saber más. Imaginaba lo sucedido. No quería oírlo de boca de su madre. Se irguió como en lo alto de un púlpito.

El festejo había degenerado en bacanal. Por la noche, mientras los demás dormían entre vino derramado y restos de budín cartaginés y lechón relleno de hojaldre y miel, o balbuceaban borrachos, o fornicaban, su padre se había tambaleado hasta una fuente, había arrancado un muslo a un ave asada y le había dado el mordisco fatal. Ni siquiera tenía hambre. Murió entre los ronquidos y los gemidos y las flatulencias de sus amistades, que no se percataron de lo sucedido. Lo descubrió su esposa al despunte del amanecer. Salía de la habitación donde había yacido con un auriga del hipódromo. La madre de Juan llevaba una túnica confeccionada para la ocasión. Los tirantes se unían mediante un prendedor entre los pechos, dejándolos al aire; la tela colgaba a los costados de las piernas, a la vista las partes delantera y trasera. En realidad la túnica no cubría nada. La madre de Juan llevaba los pezones pintados de rojo y el vello del pubis teñido del mismo color. Al inclinarse sobre su esposo, ya difunto, y susurrar su nombre, dejó ver un círculo de tinta escarlata alrededor del ano. La madre de Juan no se percató

de que se había convertido en viuda. Pensó que su esposo dormía y lo dejó descansar. Fue en busca de vino con que saciar la sed que la había despertado.

El estilita deseó tener un látigo tan largo como para azotar a su madre desde la cima de la columna. Hijo mío, repitió ella con voz ronca. Juan preguntó qué quería de él.

Su madre esperaba que volviera. Necesitaba a su hijo, no solo para que ocupara el puesto del padre al frente de la casa, también para que le sirviera a ella de guía, para ayudarla a volver a la senda correcta. Con su amparo estaba segura de conseguirlo. Le propuso alejarse de la ciudad, los dos, ponerse a salvo de la plaga en unos baños, allí él podría instruirla. ¿La acompañaría?

No. Ella sabía bien lo que debía hacer para enmendar su comportamiento. Alejarse de la emperatriz Teodora, la que ansiaba ser nada más que un orificio. Dejar de frecuentar el hipódromo.

Y la muerte del padre era un castigo justo. El padre que apoyó al bando azul en la revuelta de Niká, cuando ardió la antigua Santa Sofía, cuyas llamas jaleó. El padre que se enriqueció suministrando mármoles para el nuevo templo.

El padre que levantó para ti esta columna, replicó la madre, y que trepó a una escalera para que le dieras la comunión. El padre que dejó sin explotar la tierra que te rodea para que a solas alcanzaras una gracia mayor.

Luego la madre preguntó: ¿Me das la espalda? ¿Una vez más?

Este es mi sitio.

Ella miró los excrementos del suelo, la cesta vacía y cubierta de polvo al pie de la columna.

¿Prefieres este martirio voluntario a mi compañía?

El estilita asintió.

En ese caso, ¿no apreciaría tu Dios que bajaras de esa columna, me tomaras del brazo y pusieras orden en tu casa? ¿No sería un sacrificio mayor, más estimable a Sus ojos?

¿Mi Dios? ¿Acaso no es el tuyo?

¿El Dios portador de la plaga? ¿El que me ha dejado viuda? No. Ya no es mi Dios.

Y luego añadió: A no ser que me convenzas de lo contrario. Estoy deseosa de escucharte. Nunca lo he necesitado más. He reservado las mejores habitaciones en los baños. Nadie te molestará. Tienes mi palabra. Todos respetarán tus oraciones. Ven con tu madre. ¿Ver el mundo desde ahí arriba no te ha vuelto proclive al perdón?

La madre y los portadores supieron que el estilita dudaba.

El estilita iba a hablar pero, de pronto, sintió algo en la boca. Lo tocó con la lengua. Era pequeño y duro. Lo dejó caer en el hueco de la mano, sorprendido y un poco asustado. Uno de sus dientes. Estaba marrón y desprendía un olor nauseabundo. Se lo acercó a la cara para verlo mejor y lo retiró de inmediato. La madre, a la espera de una respuesta, no sabía qué estaba pasando.

Al apartar el diente, se le escapó de la mano. Trazó un arco en el aire. Descendió hacia la mano de la madre, extendida en gesto de súplica.

Antes de que la alcanzara, un gorrión lo atrapó al vuelo y se alejó de la hondonada con él en el pico.

El estilita miró incrédulo en la dirección por donde había desaparecido el pequeño pájaro. Al igual que el diente, parecía haber surgido de la nada y en el instante preciso. Dios lo había enviado para impedir que cualquier parte de Juan, por minúscula que fuera, regresara con su familia.

La madre miraba en la misma dirección que él, confusa y molesta.

El estilita meneó la cabeza.

Ahora esta es mi casa.

¿Lo es? ¿Estás seguro?, preguntó la madre. Y luego dijo: No volveré. No me humillaré suplicándote.

Rezaré por ti.

No te molestes, dijo ella, y regresó a paso vivo a la litera.

Antes de irse, dejó caer un bulto envuelto en tela, que se abrió al golpear el suelo. Pan, pescado seco y queso. La comida quedó esparcida frente al pilar. A una orden de la madre, la litera se puso en movimiento. Con cada paso de los porteadores, la hondonada se reacomodaba, el zumbido en los oídos del estilita se aplacaba, disminuía el calor. Cuando la litera alcanzó la cima y dejó de verse, Juan sintió relajarse todo su cuerpo. Desapareció uno de los jinetes armados, a continuación el otro, como dos notas musicales rezagadas que zanján una canción. Juan contempló la hondonada como si pasara revista a las piedras. Regresó al centro de la plataforma y se arrodilló. Ya no sentía hambre. Dio gracias a Dios. Un momento después oyó aleteos y gorjeos. Los pájaros se arremolinaban sobre la comida y él se regocijó por ellos.

La plaga había causado un rebrote de lo religioso, así que no tardó en recibir otra visita, un tullido que sí dejó algo en la cesta. Juan le regaló su bendición y lo invitó a reflexionar sobre las diferencias entre la fe y la credulidad. Esa visita y las que la siguieron le llevaron noticias. Justiniano se encontraba mejor. La vida abstemia y las vigiliás lo habían salvado de la plaga. El estilita no deseaba saber. Los visitantes, sin

embargo, estaban ansiosos por hablar, encadenaban informaciones, rumores y opiniones; parecían acudir a la hondonada para contarle lo que sucedía en la ciudad, no en busca de bendiciones ni consejos. La emperatriz Teodora, ante la perspectiva de la viudez, había procedido a una purga del Gobierno. Torturaba a senadores y obispos. No importaba que la plaga los aquejara; la tortura se sumaba a la enfermedad. El dolor y el delirio abrían la puerta a las confesiones. Los latigazos, se contaba, reventaban los bubones y esparcían las lentejas negras de su interior. Los torturadores desempeñaban su labor tan aterrados como las víctimas.

Juan se debatía entre la compasión por los enfermos y sus familias, y el deleite de saber que la población de Constantinopla, del mundo, estaba siendo diezmada. Un acontecimiento de tales proporciones solo podía responder al designio divino. Era lo más próximo a un portento de lo que había sido testigo desde que se encaramó a la columna. Sus oraciones eran genéricas, por los vivos y los muertos. Al concluir, abría los ojos y agradecía no ver más que piedras.

Lo atormentaba la idea de que el suelo se licuara, convertido de pronto en arenas movedizas, y se tragara la columna. Temía que la vanidad mostrada en los suntuosos edificios de la ciudad motivara fuegos subterráneos y movimientos de tierras. Cedía al falso flagelo de las visiones apocalípticas. El suelo temblaba y se abría una grieta en la que se hundía un violador en el curso de su crimen. Caía a la oscuridad sin cesar de fornicar.

Una mañana lo despertó un golpe en la base de la columna. Se asomó al borde de la plataforma y vio un cerdo que, aturdido, se ponía en pie. El animal comenzó a subir la pendiente por la que había caído rodando. La cuesta era

demasiado acusada. Resbalaba y volvía a rodar. Juan lo contempló preguntándose qué enseñanza debía extraer, hasta que un niño bajó corriendo y ayudó a subir al cerdo empujándolo por las ancas, a la vez que, de reojo, miraba atemorizado al estilita. Otros cerdos se habían asomado al borde de la hondonada. A partir de entonces, Juan tuvo que convivir con ellos. Su madre había dado utilidad a aquellas tierras.

Los gruñidos de los cerdos lo acompañaban todo el día. Se planteó como un sacrificio el aceptarlos. Los convirtió en el canturreo de Dios. Llegaron a gustarle.

Cuando caía la noche y los cerdos callaban, era aún mejor.

Algo se acercaba. Sus pasos eran diferentes a cuanto había sentido hasta entonces. Los cerdos enmudecieron. Unas piedras rodaron pendiente abajo. Apareció un elefante. Lo guiaba un cornac a horcajadas en el cuello. Sobre la espalda del paquidermo, una barquilla con un hombre.

El elefante bajó a la hondonada asegurando cada paso, las patas traseras tan flexionadas que la cola barría el suelo. Cuando se detuvo, el hombre de la barquilla se puso en pie para estar más próximo a Juan. Escrutó al estilita. Se presentó y, señalando a su alrededor, añadió que ahora aquellas tierras eran de su propiedad. La madre del estilita se había casado con él. Se habían conocido mientras se resguardaban de la plaga. El hombre llevaba el pelo largo y las mangas ceñidas, distintivos del bando azul. La madre había vuelto a elegir el grupo favorecido por Justiniano.

Al estilita le incomodaba la cercanía desde la que le hablaba aquel hombre, casi podría tocarlo si estiraba el brazo.

Su padraastro suministraba animales, osos, toros, tigres..., para los combates en el hipódromo, espectáculos muy populares desde la prohibición de los gladiadores. A los trabajadores del hipódromo se los consideraba indignos de la comunión y ellos replicaban al cristianismo con desdén. El padraastro, no obstante, se dirigía a Juan con respeto. Respeto pero no humildad. La ausencia de humildad y lo expedito caracterizaban su forma de llegar a acuerdos.

Preguntó a Juan cuánto tiempo llevaba allí.

Tres años.

¿Has hecho milagros?

El padraastro había oído de anacoretas que hacían flotar el hierro y que curaban a enfermos.

¿A cuántos has curado tú?

El estilita dijo que solo Dios lo sabía.

Entonces, ¿a ninguno?, dijo el padraastro, decepcionado. La plaga te ha dado muchas oportunidades.

El estilita dijo que había rezado por los enfermos. La curación quedaba en manos de Dios.

Mientras hablaban, el elefante tanteaba la columna con el extremo de la trompa. La olfateaba de arriba abajo. Se acercó y se restregó contra ella. La columna se tambaleó. Juan se agarró a las cuerdas, aterrado. El cornac castigó la nuca del paquidermo con un focino y lo hizo retroceder.

El padraastro se disculpó. Dijo admirar el sacrificio del estilita. Él no sería capaz de nada similar, ni de mucho menos. Miraba a Juan con tanto interés como al más raro espécimen que le hubieran llevado sus proveedores.

Le preguntó si añoraba el tiempo en que podía dar más de dos pasos en la misma dirección sin caer al vacío.

No.

Le preguntó hasta cuándo estaba dispuesto a seguir allí arriba.

El estilita dijo confiar en que sus huesos se blanquearan en lo alto de la columna, sin nadie que los perturbara, ignorados por personas, por aves, incluso por el polvo arrastrado por el viento.

Tu madre quiere expulsarte de aquí. Quiere levantar una villa.

Mi padre le construyó una villa.

Esta se la construiré yo. Y ella la quiere aquí.

El estilita preguntó si su madre lo había enviado para echarlo. No era necesario un elefante para conseguirlo.

Tu madre no sabe que he venido. Podemos resolver esto entre tú y yo.

El estilita no era hábil negociando. Su trato con otras personas se reducía a los suplicantes, ante quienes debía aceptar lo que le ofrecían y para quienes la palabra de él no admitía réplica.

¿Adónde irías si tuvieras que abandonar este sitio?

El estilita dijo que Dios se lo señalaría.

En ese caso, reza para que lo haga pronto. Cuando lo sepas, díselo al porquero. Él me avisará y yo te levantaré otra columna donde desees. Tienes mi palabra.

Donde Dios lo desee.

El padrastro acarició el borde de la barquilla, cavilando.

¿Dios te habla?

Todos los días.

¿Qué te dice?

Sus palabras no están destinadas a satisfacer la mera curiosidad. Son bálsamo. Son guía y fin. Son privilegio.

¿Te hace saber que te hallas en la buena senda?

De otro modo no podría vivir como vivo.

¿Te encuentras, por tanto, más próximo a Él de lo que me encuentro yo?

Creo que conoces la respuesta a tu pregunta, dijo el estilita.

El padrastro asintió. No cabía duda, dijo, ¿pero cuán próximo a Dios estaba el estilita?

La senda es larga y me falta mucho por recorrer.

¿Cómo se hace sentir Dios en ti?, quiso saber el padrastro. ¿Cómo se vierte a través de ti? ¿Cómo te emplea para Sus propósitos? ¿Eres ejemplo de servidumbre alzado a la cima de esta columna? ¿La oración y la abstinencia te han acercado de veras a Él, o la altura de tu columna es cuanto te elevas sobre el resto de pecadores?

El estilita cerró los ojos, meditando una respuesta única y concluyente para todas las preguntas. El padrastro paseó por la barquilla como si lo hiciera por la terraza de su casa, con las manos entrelazadas a la espalda.

Llegan historias de un estilita que vive en las estribaciones de los montes Tauro, dijo el padrastro antes de que Juan hablara. Su pelo, largo hasta los pies, es su único hábito. Las serpientes han emigrado de los alrededores de su columna. Cura a distancia. Insufla un don temporal a los suplicantes. Luego ellos regresan a sus casas e imponen las manos sobre el familiar moribundo y este se pone en pie y brinca y baila. Es un emulador de Simeón. Para algunos, más que un emulador. Al parecer ha cubierto mucha más distancia que tú en la senda. Su columna se alza en la vertiente de Anatolia, al sur de Heraclea. En cuanto sepas adónde deseas ir, repitió, házmelo saber. No te demores. Cuando tu madre resuelva expulsarte, no traerá compensaciones consigo. Contratará a una banda de harapientos que te hará bajar a pedradas.

* * *

Días después un carromato tirado por dos acémilas y cubierto con una lona se detuvo al pie de la columna. Un conductor mudo apoyó un extremo de una escalera en la plataforma del carromato y el otro en la columna, para que el estilista bajara sin tocar el suelo. Aun así descendió presa de temblores, sintiéndose cuestionado desde las alturas. Se acurrucó bajo la lona, que el conductor cerró en cuanto hubo retirado la escalera. Juan apretó los párpados. Sentía el suelo demasiado cerca.

Tras dejar atrás la hondonada, cuando el carromato alcanzó un camino y la marcha se volvió menos accidentada, se aventuró a abrir los ojos. Vio una manta, una calabaza hueca llena de agua y un cuenco de dátiles. Se llenó la boca de comida. Dejaba caer los huesos por debajo de la lona, padeciendo desde tan pronto la añoranza por la columna que había abandonado.

Esta permaneció en pie diecisiete años más. La madre de Juan nunca ordenó construir la villa. El terremoto que un amanecer del año 558 derribó la cúpula de la nueva Santa Sofía también hizo caer la columna. La cúpula que simbolizaba la bóveda celeste se vino abajo antes, pero la demora del sonido en llegar a la hondonada causó que el estruendo se oyera en el instante en que se derrumbó la vieja columna. Para entonces hacía ya mucho tiempo que Juan no pensaba en ella.

Vivió semanas en el carromato. En aquel espacio cerrado fue consciente por primera vez en años de lo mal que olía.

Ahora formaban parte de una caravana. Ni siquiera se dio cuenta de en qué momento se les unió la otra gente. Los demás vehículos iban tirados por bueyes y transportaban las piezas de una nueva columna y de un trispasto. Nadie le dirigía la palabra pero Juan identificó una docena de voces. El mudo le llevaba comida y agua, retiraba los platos vacíos, y un día le dejó una palangana con agua templada y una esponja. Era el único que se le acercaba y nunca lo miraba a los ojos, obedeciendo las órdenes del padrastro. No obstante, a Juan le era imposible ignorar su presencia, separados durante las largas jornadas de camino por solo la lona del carromato. En los tramos dificultosos, se tensaba a la espera de los gritos guturales con que el mudo arreaba las acémilas. El carromato de Juan cerraba la caravana, lo que volvía más llevadero el momento de hacer sus necesidades asomándose a la parte trasera. Cuando abandonaron los caminos y entraron en las montañas, en ocasiones las ruedas de un vehículo se atascaban en el terreno irregular y Juan oía rezongar y gritar a los hombres mientras aligeraban la carga y empujaban para sacar el carromato, a veces tras uncir un tiro adicional. Al detenerse por las noches, dejaban el carromato de Juan apartado del resto. El olor de la comida que se cocinaba en la hoguera le hacía babear como a un perro.

Durante los primeros días sobrellevó el viaje diciéndose que se alejaba de Constantinopla. Con cada curva del camino disminuía el ruido, como el de una ola que nunca terminara de retirarse de una playa de guijarros, que sonaba dentro de su cabeza y que llevaba oyendo tanto tiempo que ya apenas se percataba de él. Pero a la vez crecía la presencia de los otros miembros de la caravana. El volumen de sus voces aumentó y sus pies golpeaban el suelo como si calzaran

botas de hierro. Juan conocía la posición de cada uno en todo momento. Los veía a través de la lona y de los párpados cerrados.

La caravana evitaba los pueblos, pero cuando pasaba cerca de alguno los vendedores y los mendigos abandonaban a la carrera sus puestos y cobijos y perseguían a los carros reclamando su atención a gritos.

Juan recurría a la oración como si se tratara de una estancia de muros sólidos donde hallar refugio. A fin de alcanzar la serenidad necesaria para concentrarse en los santos misterios, imaginaba que levitaba. Se distanciaba del suelo y sus pobladores, elevándose en un cielo diáfano y cálido, el cuerpo recto, los brazos levemente abiertos, las palmas mirando hacia fuera, una sonrisa dichosa. Dios su única compañía, invisible, inasible, recóndito en su proximidad. Solo el rezo lo hacía presente. Omnipresencia lábil. Levedad que se escondía en la levedad de las nubes. El relajo llevaba a Juan a pasar por alto lo que había, quizás, de irrespetuoso en sus pensamientos. Levedad. Escondarse. Dios rebajado a retazos.

Se alejaba más y más en el pensamiento, huyendo de sus esforzados pero vocingleros acompañantes. Recordó una cueva en que se había adentrado al comienzo de su vida de anacoreta, antes de trepar a la columna. Había pensado morar allí a semejanza de un animal. Su antorcha iluminó mechinales perforados en las paredes de roca, huecos en el suelo donde ya no quedaba rastro de las hogueras que albergaron, pinturas borrosas, ocre y negras, en las que solo acercando la vista y siguiendo los contornos con el dedo intuyó cuadrúpedos de gigantescas cornamentas. Los vestigios desvaídos de quienes vivieron allí volvían el lugar más solitario que

si hubiera encontrado nada más que piedra, polvo y guano de murciélago, proclamaban la ausencia. ¿La proclamaban asimismo las improntas de Dios que creía ver, o acaso imaginaba, efímeras, temblorosas, condicionadas, como un espejismo? Lo asaltó la idea de la extinción de Dios, de su consunción y muerte en tiempos arcanos. De su inexistencia. La medida de la soledad que eso implicaba retumbó en todo su ser, cancelando cuanto lo rodeaba. Juan perdió el contacto con la plataforma del carro. El vaivén de la marcha desapareció. Todo quedó en silencio. De inmediato apartó de sí la idea, atemorizado y avergonzado, y volvieron las voces de sus acompañantes. La atrición lo hizo abrazarse a sí mismo. Los dedos de una mano tocaron los de la otra en el centro de la espalda, tan delgado estaba.

Se detuvieron a media mañana, demasiado pronto para comer. El mudo golpeó el pescante con los nudillos. Juan escuchó, alerta. Los demás carromatos también se habían parado. Otro golpeteo, más apremiante. Juan entreabrió la lona y vio un paisaje rocoso y escarpado. Se puso en pie en la plataforma, medio cuerpo fuera de la lona. No había nadie a la vista, salvo los hombres de los otros carros: peones y un ingeniero, que lo contemplaban a la expectativa. El silencio y la intensa luz los hacían parecer una pintura descolorida.

¿Dónde está él?, preguntó Juan.

El carretero mudo señaló en una dirección. Una pequeña colina se interponía e impedía ver nada.

¿A qué distancia?

El ingeniero se acercó y respondió. A continuación Juan cerró los ojos y juntó las manos en actitud de recogimiento. Oyó un zumbido. Parecía provenir de las piedras. Al girar la cabeza el zumbido variaba, suave, agudo, más agudo, tan

agudo que dejó de oírlo. Las acémilas y los bueyes menearon la cabeza y se quejaron.

Abrió los ojos, señaló un lugar y dijo: Allí.

El ingeniero observó el sitio y negó con la cabeza.

Es mejor allí, dijo señalando otro punto, a cierta distancia. Está más nivelado y es más firme.

Me ha sido señalado, dijo Juan.

No lo dudo, señor, contestó el ingeniero. Todos hemos sido testigos. Pero estáis fatigado por el viaje y podéis haber malinterpretado la señal divina. Yo creo, humildemente, que el sitio señalado es ese, dijo indicando el punto elegido por él.

¿Desde ahí veré al otro estilista?

El ingeniero dijo que cuando Juan estuviera en lo alto de su columna lo vería, al otro lado de la colina.

Juan asintió y volvió a meterse debajo de la lona para dar gracias a Dios. Por fin tendría a alguien que le enseñara a estar solo.